

La progresiva expansión de Macedonia durante el reinado de Filipo II impulsa a la ciudad de Olinto a solicitar en 352 a.C. la ayuda de Atenas. A partir de ese momento Demóstenes se convierte en la cabeza visible de la facción antimacedónica y en una serie de discursos advierte a sus conciudadanos atenienses acerca de la necesidad de frenar el avance macedónico. Cuatro años más tarde, Olinto cayó en manos de Filipo. Político y orador ateniense, Demóstenes (384-322 a.C.) representa la resistencia griega frente al expansionismo macedónico de Filipo II. De los sesenta discursos que se le atribuyen apenas ha llegado hasta nosotros la mitad, entre los cuales destacan los tres discursos *Olintíacos* y las tres *Filípicas*, todos ellos pronunciados contra el rey de Macedonia. (*Pilar Rivero-Julián Pelegrín*).

¿Alguno de vosotros, varones atenienses, se hace cargo y observa la manera mediante la cual, siendo débil en sus comienzos, se ha hecho grande Filipo? Primero, tomando Anfípolis, después de eso, Pidna, de nuevo, Potidea, otra vez, Metone, luego pisó el suelo de Tesalia; después de eso, tras haber regulado a su gusto los asuntos de Feras, Págasas, Magnesia y todas las regiones, se marchó a Tracia; luego allí a unos reyes destronó, a otros instauró, hasta que cayó enfermo; de nuevo, en cuanto empezó a mejorar, no declinó hacia la molicie, sino que al punto atacó a los olintios. Y paso por alto sus campañas contra los ilirios, los peonios, contra Aribas y contra cualquier otra parte que podría citarse. «¿Y para qué nos cuentas eso ahora?», alguien podría decir. Para que comprendáis y os deis cuenta, varones atenienses, de dos cosas: de hasta qué punto es desaprovechado ir desentendiéndose de los asuntos uno tras otro y de la actividad incansable que pone en juego Filipo y es parte de su vida; por causa de ella es imposible que contentándose con sus realizadas empresas guarde reposo. Si él ha decidido que en cada ocasión hay que hacer algo que supere su situación y vosotros, por el contrario, que no hay que afrontar ningún asunto con vigor, considerad en qué punto cabe esperar que eso termine. ¡Por los dioses!, ¿quién es de vosotros tan tonto como para no ver que la guerra de allí vendrá aquí, si nos despreocupamos? Pero, si eso llegara a pasar, tengo miedo, varones atenienses, de que lo mismo que quienes tomando en préstamo a la ligera dinero a gran interés, tras haber vivido en la abundancia un corto tiempo, luego pierden hasta el capital, así también nosotros nos demos cuenta de haber vivido en la molicie pagando por ello alto interés y quienes en todo buscábamos el placer vayamos luego a vernos en la obligación de hacer muchas de esas cosas que no queríamos y corramos el riesgo de perder las posesiones que tenemos en la propia región.

Sí -me podría decir alguien tal vez-, criticar es fácil y cualquiera puede hacerlo, pero revelar lo que hay que hacer en defensa de las circunstancias presentes, ésa es la labor del consejero. Pero yo no ignoro, varones atenienses, que vosotros frecuentemente, si algo no resulta según los planes, no es con los responsables con quienes os enojáis, sino con los oradores que han tratado de los asuntos en último turno; sin embargo, opino que no debo amainar atendiendo a mi propia seguridad cuando se trata de asuntos que creo os incumben.

Sugiero, pues, que de dos maneras debéis prestar ayuda a la situación: salvando las ciudades de los olintios y enviando a los soldados que se encarguen de ello y haciendo daño al territorio de aquél con trirremes y otros soldados. Si os despreocupáis de una de estas dos medidas, recelo que nos resultará inútil la expedición. Pues si mientras vosotros devastáis su territorio, él resiste y consigue hacerse con Olinto, fácilmente, regresando a su patria, la defenderá; y, por otro lado, si vosotros no hacéis más que enviar ayuda a Olinto, y él, viendo que su reino está seguro, se dedica a asediar y acechar la situación, con el tiempo superará a los sitiados. Así que es necesario que la expedición de ayuda sea numerosa y doble (...)

Ahora tenéis posibilidad de elección sobre si vosotros debéis luchar allí o aquél aquí junto a vosotros. Pero si Olinto resiste, vosotros lucharéis allí y haréis daño a la región de aquél, explotando sin miedo ésta que os pertenece y es vuestra propia tierra. Si, por el contrario, Filipo la toma, ¿quién le impedirá la marcha hasta aquí? ¿Los tebanos? Tal vez sea demasiado amargo decirlo (...), con presteza colaborarán en la invasión. ¿Los focenses, entonces? ¿Los que no son capaces de proteger su propia región si no les ayudáis vosotros? ¿Algún otro? Pero, amigo mío, no querrá atacarnos. Sin embargo, sería de lo

más absurdo que lo que ahora anda divulgando a riesgo de adquirir reputación de loco, luego, cuando pueda, no lo ponga en práctica. Ahora bien, en cuanto a cuál es la diferencia entre luchar aquí o allí, creo que no necesita mayor razonamiento. Pues si fuera menester que vosotros personalmente estuvierais fuera sólo treinta días y tomarais de los productos de esta región cuanto fuera necesario por estar acampados, y me refiero a una situación en que en nuestras tierras no hubiera ningún enemigo, nuestros labradores sufrirían mayores pérdidas que cuantas sumas habéis gastado hasta ahora en la guerra. Y si ahora viene aquí una guerra, ¿cuánta pérdida hay que pensar que sufriremos? Y a ello se añade la insolencia del enemigo y la vergüenza de nuestra política, pérdida inferior a ninguna otra, al menos para los prudentes.

Así que, contemplando en su conjunto todas esas razones, es necesario que todos prestéis ayuda y rechacéis la guerra a esas regiones; los ricos, para que a precio de un pequeño gasto hecho a favor de los muchos bienes que por su buena fortuna poseen, puedan en el futuro obtener fruto sin miedo; los que están en edad militar, para que, adquiriendo la experiencia de la guerra en el territorio de Filipo, se conviertan en temibles guardianes de su propia patria intacta; los oradores, para que las cuentas que han de rendir de su política les resulten fáciles, pues según el resultado de los sucesos, así serán vuestros juicios acerca de sus realizaciones. Que las cosas vayan bien por todos los motivos.

Demóstenes, *Primer Discurso Olintíaco*, 12-28, traducción de Antonio López Eire, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1993.